

## AMANCIO SALE DEL ÁRBOL

La Nueva España. 23 Septiembre 1999

Rubén Suarez

Nacido en Villahibiera de Rueda, León, en 1965, **Amancio González** se dio a conocer en Asturias a raíz de haber obtenido en 1993 una beca del Museo Antón de Candás para ayuda a la creación escultórica. Expuso aquel año en este museo y también en la Fundación Evaristo Valle de Gijón y en fecha aún reciente en la galería Cornión, por citar las muestras realizadas en nuestra región hasta ahora.

Escultor escultor, quiero decir no “constructor” ni ensamblador sino de los de talla y sólido volumen antropomorfo en madera y lejos de la frecuentada escultura lineal y metalúrgica, Amancio González tomó una opción de figuración expresionista con intensas distorsiones y retorcimientos, enraizada en cierto primitivismo, en concordancia con lo que hace años puso **Leiro** de actualidad. Amancio González no apostaba sin embargo tanto por la tosquedad ruralista y la simplificación de volúmenes como el gallego, sino que se complacía más en una especie de romanticismo panteísta que dotaba a sus figuras, junto al expresionismo de base, de una veta surreal, una figuración fantástica de connotaciones goticistas. A todo ello contribuía la concepción formal de sus obras, caracterizadas por la presencia de un personaje, mitad humano, mitad ídolo, enclaustrado, como en una prisión o morada, en el árbol de cuya talla había nacido. Estos “hombre-árbol” como gárgolas o mascarones entre lo orgánico y lo petrificado, interpretaciones animistas que producían perturbación o ternura, tenían una proyección literaria y marcaban como digo la obra de Amancio González.

¿Por qué estoy escribiendo en pasado si en la exposición que ahora nos ocupa el escultor continúa ofreciéndonos obras con ese mismo planteamiento formal? Pues porque en esas mismas obras existe ahora una diferente ambición y sobre todo porque hay otras que suponen nuevos y más ambiciosos proyectos de creación. Si esto es siempre necesario, resultaba especialmente pertinente el caso de Amancio González que, con la reiteración de la singularidad de sus obras y ocasionalmente empequeñecimiento, como por necesidades de espacio tuvo que realizar su última exposición, corría el peligro de convertirse en un escultor artesano, a lo que por otra parte contribuía la tendencia, aún vigente en esta muestra, de dar a los poemas un protagonismo demasiado acusado en la obra. Claro que uno siempre ha pensado que lo literario, en lo plástico, todo lo que vaya más allá del título sobra.

Amancio González ha sabido “salir del árbol” y también de la figuración proclive a dejarse afectar, si insistida, por un empalagoso manierismo. Ha sabido asumir nuevos retos creativos, algunos no presentes en la muestra, aunque sí en el catálogo. Y sobre todo representados por la simplificación de su **Centauro**, obra emblemática en esta exposición, sólida y poderosa, tensa y equilibrada, más despojada en sus alusiones figurativas y que permite renovar la confianza en los recursos y capacidad creativa de esta escultor.